

ALBERTO CAMPO BAEZA

•

BECA ARQUIA 2014

IMANOL IPARRAGUIRRE BARBERO

Febrero – Julio 2015

•

San Sebastián, Agosto 2015

*QUEDAR  
en lo que queda  
después del fuego  
residuo, sola  
raíz de lo cantable.*

*[Fénix]  
José Ángel Valente*

Veo el mar, ya no estoy en Madrid. Hace unas semanas tardaba apenas diez minutos en llegar de mi cama hasta el *Agnus Dei* de Zurbarán, ahora tardo casi cinco horas.

Y es que sin darme cuenta han terminado seis meses maravillosos. Seis meses seis, como los toros. Seis meses dónde esperaba aprender del funcionamiento de un estudio de prestigio y en los que he terminado aprendiendo – y recordando – mucho más.

Ya no puedo sonreír al colocarme en la puerta que separa las salas 8 y 8b del Prado viendo enfrentadas la *Trinidad* de Ribera y la de el Greco; ya no voy en moto por Malasaña; ya no veo la plaza de Oriente vacía de madrugada, tampoco la de la Paja, ni la del 2 de Mayo, ni la de San Ildefonso; ya no me tumbo en el Retiro ni cruzo Gran Vía como quien cruza un río, esperando no ser llevado por la corriente; ya no hago visitas eternas a la Central, Ocho y Medio o Méndez; ya no oigo la música ni veo los platos vacíos. El ritmo de Madrid se apaga, la pulsión cesa. Cenizas.

De estas cenizas quedan recuerdos, viejos amigos – casi hermanos - que ya lo eran y otros que lo son ahora, quedan dolores de cabeza y alegrías, horas eternas y días fugaces. Son cenizas de haber vivido, producto mágico de una ciudad en la que se puede pasar a voluntad del ruido intenso al recogimiento y silencio más absolutos.

Y esto ha sido tan sólo el acompañamiento. La verdadera sustancia de estos seis meses se ha producido en el número 4 de la calle Almirante, pues es ahí donde el fuego intenso que ha consumido este tiempo ha dejado lo mejor.

Llegué al estudio de Alberto Campo Baeza cansado; estaba harto de mi PFC y profundamente desencantado con la arquitectura – si se puede llamar así – que algunos pretenden imponer. Pero poco a poco, sin apenas darme cuenta, me he descubierto recuperando hábitos perdidos, encontrando nuevos significados en viejas palabras y volviendo a ver, con claridad, hacia dónde quiero ir.

El trabajo en el estudio ha sido un aprendizaje continuo e intenso de construcción, de representación gráfica, de proyectos; pero también de dedicación, de camaradería y de “buen rollo”, porque tiene razón Alberto cuando dice que quienes trabajan con el son los mejores, son buenos arquitectos y aún mejores personas.

Aun así, siendo sincero, la verdadera esencia de este poco tiempo tan único ha sido el efecto que cada día de trabajo tenía al llegar a casa y que se prolonga todavía hoy, son esas ganas irrefrenables de dibujar, de leer y de ver.

“Dibujar, leer y ver” en contraposición al “construir, escribir y enseñar” que Alberto señalaba en el primer correo que me envió hace exactamente un año. Verbos distintos que se transformarán en esos otros en un futuro no muy lejano: dibujar, pues para construir ideas primero hay que dibujarlas; leer porque sin devorar libros pocas palabras se pueden destilar; y ver, porque para enseñar algo sobre arquitectura primero hay que saber ver.

Recuperar la pasión por dibujar, por el ejercicio de la profesión; animarme a seguir leyendo y ayudarme a dirigir aún mejor la mirada para ver. Estas son las tres lecciones que me llevo de estos meses; estás son, sin duda, las tres cosas que forman esa raíz de lo cantable, lo que queda, lo que no se irá.

Ahora sí, al final, quiero dar las gracias a Arquia, pues nada de esto habría sido posible sin la beca; a Nacho, Alejandro, María, Elena y Tommaso por todo lo vivido y aprendido durante estos meses; y, claro está, a Alberto, pues gran parte de esta vuelta en mí mismo se la debo a él, a tener la suerte de haberle visto dibujar, escribir y soñar en el otro extremo de la mesa que hemos compartido durante este tiempo. Ha sido un honor.